

Visiones. (La corza blanca)

Adaptación para teatro del relato “Las lámparas de fuego” de Nelson Ferreira De Mattos

En 15 cuadros.

Personajes:

Don Alonso de Narváez (Gobernador)
María (la sirvienta)
Juan Aguirre (capataz de la mina)
Padre Pereda (párroco del puesto fronterizo)
Capitán Herrera (Jefe de los soldados)
Manuel (criado de confianza de Don Alfonso)
Miguel Adiego (el pintor)
Don Juan de Garay (joven y rico hacendado de la zona)
Pedrito (Ayudante del pintor Miguel Adiego)
Oficial (uno de los soldados de la mina)
Juan Páucar (viejo indio, hechicero de la aldea indígena)
Varios indígenas

Escena 1

Dormitorio de Don Alfonso. Una cama grande, en la que duerme Don Alonso. Las paredes están desnudas, excepto un crucifijo y el óleo de la Virgen. Se puede ver un baúl, y sobre él, ropas dobladas. Una mesita, sobre la cual hay un espejo de marcos dorados. María está sentada a su lado.

Don Alonso (se despierta): ¡Qué sueño tan extraño, María! Todavía me parece estar allí. Unos árboles tan frondosos, el verdor, el río, y la corza blanca desapareciendo entre las hojas... Después, después.... ¿cómo era? (se pasa la mano por la cara). ¡Ah! El viejo sin cara, con el pecho abierto ¡Cómo podía ver su corazón enorme, como de un buey. Sí, enorme, latiendo... Extraño, extraño. Parece que quería señalar el lugar por dónde desaparecía la corza.

María: ¿Cómo se siente hoy Vuestra Merced de los dolores?

Don Alonso (Se levanta y hace movimientos como si quisiera masajearse las piernas y brazos): Ah, estoy mejor. Sí, mucho mejor. Las articulaciones me duelen menos. (Se observa las manos) Pero mis manos están más deformes. (Toma el bastón y camina hacia el baúl, sobre el que hay un espejo. Se mira al espejo). María, ¡ven aquí! Este espejo está sucio, ¿es que no lo limpias nunca?

María: Perdone, mi señor, pero yo no tengo la culpa. Es la humedad que lo ha dejado así.

Don Alonso: Puede ser un poco de humedad. Pero debes ser más cuidadosa al limpiarlo. ¡Parece mentira el estado de deterioro en el que está! No hace todavía un año que lo traje, y el azogue está rayado, y la madera combada.

María: ¿Puedo retirarme señor?

Don Alonso: Sí, vete. Maldita humedad, este clima horrible, que no sólo destroza los muebles sino a la gente misma. (Suspira. Camina hacia el centro de la habitación). La gente va quedando progresivamente con la piel más oscura, y el alma también, como oscurecida. ¡Vino, naipes, rameras! (Hace una pausa). Con qué claridad lo vió su Majestad, Doña Isabel, cuando le contaron de estos árboles cuyas raíces están en la superficie: En una tierra en que ni los árboles se arraigan, poca constancia y menos verdad habrá en los hombres.

(se apaga la luz)

Escena 2

Sala de audiencias de un puesto militar fronterizo en las Indias Occidentales. Un escritorio, Se puede ver un baúl, sobre el cual hay un espejo de marco dorado, deteriorado, y un sillón de dos cuerpos. Don Alonso está sentado en el escritorio, revisando unos papeles. Entra María.

María: Don Juan Aguirre, capataz de la mina, quiere hablar con Vuesa Merced.

Don Alonso: Que pase.

(Juan Aguirre entra lentamente, mirando los ventanales y los cuadros de las paredes. Hace una reverencia).

Don Alonso (le indica una silla): Sentaos. ¿Ha ocurrido algo en la mina?

Juan Aguirre: Señor gobernador, son noticias muy graves. Doce indios han escapado por la noche del campamento minero. Incendiaron las chozas y huyeron a los montes escondiéndose entre las breñas.

Don Alonso (con indignación y desdén): No, eso no puede suceder aquí. No en mi gobernación.

Juan Aguirre: Mi señor, estuve en el lugar. Ví humeando las maderas ennegrecidas y los pastizales ardiendo como tizones. Cinco mulas yacían en el lugar con la cabeza partida por golpes.

Don Alonso: ¡Qué barbaridad!

Juan Aguirre (con calor): ¡Pero el rendimiento de la mina no menguará, mi señor! Los indios fieles piden perdón por la ajena culpa y juran obediencia para siempre. De los fugitivos sólo

cuatro servían para el trabajo, ya que tres eran mujeres, dos niños, y los demás estaban enfermos.

Don Alonso: ¡Si tres mujeres y dos niños acompañados por algunos hombres han burlado la guardia de los soldados, debo aceptar que son tan inútiles, que de ahora en adelante tendré que dar yo mismo el pienso a los caballos! En mi ausencia, niños y mujeres pisotean capitanes. (Hace una pausa. Se pasea). Los responsables de la custodia de la mina serán llevados al calabozo y dados de baja. El capitán Carlos Herrera será el responsable de apoyar militarmente la mina. Tú puedes retirarte.

(se apaga la luz)

Escena 3

Habitación del Padre Pereda. Es pequeña y está llena de libros. Tiene un pequeño altar, con la Virgen enojada. Don Alonso entra sin llamar, y el Padre Pereda se incorpora en el camastro, sorprendido, intentando arreglar sus cabellos despeinados, las arrugas de la sotana, unas mantas caídas, pero todo queda en gestos inconclusos.

Don Alonso: Padre Pereda... no es posible que siga viviendo en este alojamiento sombrío y sin aire. Abajo, cerca de la capilla, hay libre una habitación más amplia con grandes ventanas y mucha luz. Podéis mudaros a ella cuando queráis.

Padre Pereda: Señor Gobernador, le agradezco mucho la gentileza, pero prefiero la vida en la oscuridad y el apartamiento, que es apartamiento de las cosas mundanas y acercamiento a la vida verdadera. Prefiero padecer alejamiento de lo que satisface el cuerpo y sus sentidos, si es que eso me hace encontrar la pureza del alma. Creo poco en las acciones de un mundo donde todo es vanidad.

Don Alonso: Padre, necesito vuestro consejo e instrucción. Pese a haber leído mucho en mi juventud y durante la enfermedad, mis conocimientos derivan principalmente del mando, las espadas y la lucha (hace una pausa). Considerad lo que os voy a decir como una confesión. (Hace otra pausa) Quiero saber si Dios se nos puede revelar en los sueños.

Padre Pereda: Tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento, se refieren episodios en los que el Espíritu Santo ha impartido órdenes, enseñanzas o profecías mediante las visiones del sueño. En el Génesis se cuenta la historia de José a quien Jehová concedió la capacidad de transitar por los sueños, como lo hacen los demás hombres en la vigilia. No sólo tuvo él sueños proféticos, sino que pudo interpretar los de los demás, incluso los del propio Faraón de Egipto.

Don Alonso: He tenido una visión esta madrugada. No fue un sueño común. Nunca un sueño me había afectado tanto. Pienso, y por eso quería vuestra opinión, que podía tratarse de una visión divina.

Padre Pereda: De acuerdo a los padres de la Iglesia, hay varios tipos de sueños; algunos, vinculados sólo al presente, sin ninguna relación con el porvenir. Muchas imágenes de estos sueños son viciosas y lascivas; aparecen cuando la tensa cuerda de la razón se afloja y el

alma, liberándose de la tutela de esa virtud, sin ningún freno, mezcla deseos, engaños y quimeras... No pocas veces el demonio, veladamente, introduce en ellos visiones perversas. Por esto, la mayor parte de los sueños son falaces, pero en personas de méritos y valía, vasallos honrados de su Majestad en la Tierra, y de nuestro señor Jesucristo en el Cielo, no es raro que se presenten los que contienen el mensaje de Dios.
¿Y cómo era vuestro sueño?

Don Alonso: Es la primera vez que me sucede algo así; un sueño tan vívido. Descansaba en un prado verde, iluminado por una clara luz, cuando se me apareció una corza blanca tan hermosa como no había visto nunca, y tan verdadera, que hubiera podido tocarla. De pronto, alertada por algún peligro inminente, se escondió veloz en la espesura. Un venerable anciano de túnica blasonada con la imagen del Sagrado Corazón, me tomó la mano indicándome el camino que había seguido. Al despertar, me invadió un sentimiento de hondo sosiego, de profunda paz. Pero ahora he comenzado a inquietarme por no poder descifrar el sentido de las imágenes.

Padre Pereda (exaltado): ¡Bendito sea el sueño! ¡Ese sueño es simbólico, claramente simbólico! Pienso que podremos descifrarlo. (Se dirige al altar de la Virgen y enciende tres velas. Queda un rato en silencio. Como orando. Luego se vuelve hacia Don Alfonso). El prado verde no puede ser otra cosa que el Paraíso, y como lo ha dicho el Maestro Gonzalo de Berceo: allí no hay penas ni dolores, los frutos no se pudren y por cada flor arrancada crecen tres. El anciano es semejante a uno de los veinticuatro ancianos con corona de oro que rodean el trono de Jaspe del Espíritu Santo. Por su edad, representa la sabiduría, por sus ropas bastas, la humildad, y por su túnica con la imagen del Sagrado Corazón, la Misericordia. La corza blanca... sin duda imagen de la Pureza, la Virtud, la Iglesia misma, huyendo de un peligro. Algo terrible la amenaza. En ese prado estáis vos, Don Alonso, y el anciano os toma de la mano y señala la corza. ¿No os estará indicando que la protejais con vuestra espada?

Don Alonso (meditativo): ¡Sí, sí, que la proteja con mi espada! Pero ¿cómo? ¿Qué debo hacer?

Padre Pereda: No lo sé. Más no es posible ver.

(Don Alonso golpea la mesa, besa el crucifijo y se aleja, apoyado en su bastón.)

(Se apaga la luz)

Escena 4

La plaza de armas del puesto fronterizo. Un grupo de soldados forman para que Don Alonso pase revista. Renqueando pero con paso firme, recorre la fila de soldados. Lo acompaña el Capitán Herrera.

Don Alfonso (dirigiéndose a un soldado): ¡Este uniforme está manchado! (señala a otros) ¡Y el de aquellos dos también! (Dirigiéndose al Capitán Herrera): ¡Sancionadlos Capitán! Y es necesario que reviséis bien los caballos. Que no falten buenas monturas, riendas, frenos.

(Dirigiéndose a Juan Aguirre): Al mayordomo del almacén de víveres, que controle las provisiones. He oído decir que faltan dos costales de harina y deben ser recuperadas.

Juan Aguirre: Inmediatamente, Señor Gobernador.

Capitán Herrera (a la tropa): ¡Derecha! ¡Marchen!

(los soldados salen)

(se apaga la luz)

Escena 5

Capilla de la gobernación, muy adornada con flores y cirios. Don Alonso está rezando. Se levanta con un suspiro, apoyándose en el respaldo del sillón.

Don Alonso (dirigiéndose a su criado, Manuel): Ayúdame a llegar al dormitorio.

(sale Don Alfonso ayudado por el criado)

(se apaga la luz)

Escena 6

(Dormitorio de Don Alfonso. El mismo de la primera escena. Entra Don Alfonso, apoyado en su criado, quien lo ayuda a desvestirse y a acostarse. Queda tendido en la cama, con los ojos cerrados. La luz lo ilumina sólo a él. Abre los ojos).

Don Alonso (*incorporándose en la cama y dirigiéndose a Manuel*): Tráeme un vaso de agua.

(Manuel sale)

Don Alonso (*de cara al público, habla consigo mismo*): ¿Por qué no vuelven las visiones? Es la tercera noche que las aguardo, y no han vuelto. ¡Qué lucha tan cansadora la del alma contra ella misma! Quiero conducir mis pensamientos hacia aquel prado, sentir otra vez aquel roce de la brisa, tan placentero, pero estoy como enredado en tela de decorados que no quiero ver, y aparecen. Otra vez las manos de mi padre aferradas al rosario. ¿Por qué debo volver a ver los campos castellanos, el rostro descolorido de Carmen? No quiero. (pausa). ¿Cómo se hará para conducir estos caballos locos del pensamiento hacia aquel lugar? Sólo por un momento sentí frescor fugaz de aquellas aguas. Y enseguida desaparecieron. Sólo por un instante volví a ver al viejo con el pecho abierto, con su blanca túnica. Pero ¿por qué la barba se le volvió rala? ¿Por qué su cara apareció como resquebrajada, llena de grietas? Y otra vez los olivos, las encinas, las llanuras barridas por el viento... (*suspira*). Debo dormir. Tal vez si no me esfuerzo tanto, la visión vuelva.

(se apaga la luz)

Escena 7

(Están en la Sala de Audiencias. Don Alonso está de pie frente a un gran cuadro de contenido religioso. Se acerca a la pintura, y se aleja unos pasos. Busca diferentes ángulos para observar el cuadro. A su lado está el Padre Pereda).

Don Alonso: Esta pintura está realmente muy bien hecha. ¿Quién es el pintor?

Padre Pereda: Según el Padre Ramón, es el mejor pintor de la archidiócesis. Se llama Miguel, Miguel Adiego. Al parecer nació en la hacienda de Don José de León, cercana al Cuzco, y es hijo de una criada india. De muy pequeño parecía tonto, porque demoró mucho en hablar, pero reveló tempranamente gusto por el dibujo, y el Padre Barzana lo tomó a su cargo. Le enseñó la religión por figuras, le enseñó a dibujar, y hasta lo envió a Lima a perfeccionarse en pintura con aquel pintor italiano ¿No lo conoció Vuesa Merced? Un hombre de cabello rojo, alto, que se hacía llamar el Florentino.

Don Alonso: No, no recuerdo haberle conocido personalmente, pero lo oí nombrar.

Padre Pereda: Bueno, pues este pintor italiano se enfermó, y por eso está Miguel Adiego acá, encargado de las pinturas de la capilla. Su mujer y su hija se quedaron en Lima.

Don Alonso: A mí lo que me interesa es que sea un buen pintor, quiero decir, que sus imágenes parezcan verdaderas. Que no sea de esos que retuercen y alargan las figuras, dándole luces irreales, y de fantasía. Se debe embellecer las figuras, sí, claro, para darles mayor honra y galanura. Porque tampoco me agradan esos pintores de pieles cuarteadas y amarillentas, de narices filosas y huesos saltados, con lienzos repletos de ciegos, mendigos y leprosos. Que ya suficientes desgracias vemos a diario... Para representar el dolor basta el alto sufrimiento de Nuestro Señor Jesucristo y sobran aquellos de la gente vulgar. *(Pausa)* Padre, quiero decir algo... Es propósito de la visión de aquel cuento que os conté. Tengo la certeza que vendrán otras visiones nuevamente, y no quiero que se desvanezcan. ¿Cómo es posible que se fijen, que se registren las cosas más vulgares, como la cantidad de caballos o los barriles de pólvora de la guarnición, y aquello no? ¿Que se escriban hasta las idolatrías de los herejes? Pensé primero pedirlos que con vuestra pluma hicierais un inventario de mis sueños, pero ahora pienso que pese a vuestra destreza es difícil mostrarlos con palabras; la realidad entra por los ojos; algo que se vé parece más vivo. Quiero que me diga si ese Miguel Adiego será digno de llevar al lienzo mis visiones.

Padre Pereda: Nunca una visión del Paraíso podrá ser representada fielmente, pero mientras no encontréis un pincel más adecuado... Lo llamaré para que os muestre el lienzo que está haciendo. Si me dais licencia, voy a su habitación y lo envío aquí.

Don Alonso: Id con Dios.

(El Padre Pereda sale, y Don Alonso se acerca a la ventana para mirar el cielo)

(se apaga la luz)

Escena 8

(Sala de Audiencias. Don Alonso mira hacia la puerta. Allí se encuentra el pintor Miguel Adiego, inmóvil, mirando al suelo. Es un joven mestizo, de cabello bien negro, barba rala y cuerpo encorvado. Viste capa azul, gastada, con filigrana plateada en el cuello, con bordes desflecados).

Don Alonso: ¡Ah, muy bien! Adelante, adelante. Quiero ver ese lienzo que estáis pintando. Miguel Adiego *(recorre la habitación con la mirada, y se dirige al sitio mejor iluminado. Abre la mano y pone la palma frente a la luz)*: Demasiado intensa. Allá, por el contrario, hay mucha sombra.

(Miguel Adiego gira bruscamente y se dirige a la izquierda, hacia otra ventana donde entra luz tamizada por el follaje del patio. Recuesta la pintura contra la biblioteca que se encuentra iluminada por la luz de esa ventana. Es un lienzo que representa al Niño Jesús rodeado de flores y frutas tropicales, mazorcas, piñas y naranjas).

Don Alonso *(examinando el cuadro)*: Está bien, me gusta. Provoca piedad y devoción. Creo que me servirás. Miguel Adiego, ¿te animas a trabajar para mí? Quiero que me pintes una serie de óleos, de los cuales yo te iré relatando el tema. Debes saber dibujar bien prados, caballos, hombres, arcabuces, corzas y ángeles.

Miguel Adiego: Pondré todo mi empeño y el mayor esmero.

Don Alonso: Vé preparando los lienzos y pinturas que mañana comenzamos.. Dile a Manuel de mi parte que te entregue unas botas que hay en el arcón y unas ropas nuevas. Mientras trabajas para mí recibirás doble ración de guisado.

(se apaga la luz)

Escena 9

(Sala de audiencias. Don Alonso, de pie, sigue observando el lienzo que quedó en la biblioteca. Entra Don Juan de Garay. Viste casaca de paño fino y capa corta. Se saludan fríamente con una inclinación de la cabeza)

Don Juan de Garay: He venido sin tardanza a ponerme a vuestras órdenes. Quiero presentaros mi apoyo para resolver las dificultades. Si necesitáis algún piquete de mi hacienda está a vuestra disposición, si necesitáis comunicar algo a la ciudad de Lima, puedo llevar vuestro mensaje puesto que mañana parto hacia allá por asuntos personales.

Don Alonso *(secamente)*: No necesito nada. Me bastan mis soldados y no pienso comunicar nada.

Don Juan de Garay: Sin embargo, Vuestra Merced, cuando sepan que ha habido aquí una rebelión indígena, y que éstos, luego de atacar, han huído sanos y salvos, eso será motivo de preocupación. Son hechos que pueden imitarse en otros lados. Ya bastantes problemas tiene nuestra Corona con la producción de plata, para que se agreguen más. ¿No lo creéis así?

Don Alonso: La fuga de cuatro indios no es una rebelión. Es un acontecimiento sin importancia. En pocas horas serán capturados y se les dará un castigo ejemplar. No me hace falta ayuda.

Don Juan de Garay: Perdonadme que insista, Don Alonso, pero pienso que por lo menos debéis enviar a Lima un informe detallado de lo sucedido. Allá las intrigas están a la orden del día. Siempre hay personas que desean echar lodo sobre las personas honorables, para luego encaramarse ellos en el aprecio y consideración de los principales. *(Hace una pausa)* En mi último viaje estuve con el Marqués de Caviedes. Le había llegado una misiva sobre vuestra Gobernación. Hablaba sobre la ineficacia del control militar, del desorden administrativo y del robo escandaloso. Y más aún, se refería a la pereza en la evangelización, que permitía a los indígenas vivir en idolatría y pecado. Yo negué tales afirmaciones. Hablé de vuestra férrea voluntad, y de cómo atacado por la fiebre y casi tullido intentabais mandar a los muchas veces desleales subalternos. He ensalzado a Vuestra Merced como el más fiel vasallo de la Corona española.

Don Alonso (fríamente): Os agradezco vuestras alabanzas, Don Juan de Garay, pero no hubiera sido menester, ya que tanto el Rey de España como el Virrey conocen perfectamente a Don Alonso de Narváez, y saben de la gloria que ha conquistado para la Corona con la punta de su espada. Por algo me entregaron en encomienda esta mina, que hace años fue la más rica de la región, por algo me han asignado la defensa de los mismos límites de la cristiandad. Duermo tranquilo, Don Juan de Garay, no me hacen falta defensores de última hora. La rodela de mi honor y el blasón de mi hidalguía me mantienen a salvo de injurias.

Don Juan de Garay: Aunque os proteja de la calumnia vuestra fama y los lauros de la conquista, debéis saber que todo se olvida. En los últimos meses, los gobernadores Don Antonio Pérez y Don Servando Zúñiga, que de tanto honor gozaron en los primeros tiempos de la conquista, cayeron en desgracia. Con su indolencia perjudicaban a la Corona dejando perderse las muy ricas encomiendas que el generoso Rey les había otorgado. Hoy, otros ocupan su lugar...

Don Alonso (interrumpiéndolo indignado y golpeando la mesa): ¡En nombre de Dios Nuestro Señor y del Apóstol Santiago! Lo que está corrompiendo la Gobernación, el Virreinato y la mismísima Corona Española, no es la desidia, sino el interés, el deseo de riqueza, que ha sustituido a la honra, es el dinero que ha sustituido a la valentía. La avaricia, el egoísmo, el cálculo, como aguas malsanas separan al señor y su vasallo; sus larvas se alojan entre sedas y cojines, en vinos franceses y cristales de Venecia, maduran en el engaño y surgen como gusanos que fortalecen la carne y devoran el alma. Antes, para ser noble había que tener sangre noble o valor; ahora pululan nobles sin nobleza.

(Levanta la voz y se agita) ¡Si tienen dinero, no importa que sean sodomitas o traidores! ¡Para enriquecerse, es más fácil dedicarse al contrabando con Flandes o Inglaterra, que blandir una espada o una cruz!

(Hace una pausa. Se serena) En esta Gobernación, Don Juan de Garay, restauraremos la dignidad de los primeros tiempos de la conquista. La virtud, la honra y la valentía, volverán a ser nuestros pendones. Y es más, si queréis llevar nuevas a la capital, que sean buenas: llevad la noticia que he tenido una visión que augura grandes acontecimientos, una visión

que indica una misión a cumplir. No sólo los principales del Virreinato me apoyan, sino que los propios ángeles del cielo están dispuestos a acompañarme. Instauraremos aquí y ahora, en este Virreinato donde todo se corrompe, el reino de lo eterno. ¿Comprendéis?

Don Juan de Garay (*sin convicción*): Sí, sí, comprendo, naturalmente. Pero ahora debo retirarme, perdonad, ya es muy tarde.

Don Alonso: Id con Dios, y no os olvidéis de lo que os dije.

Don Juan de Garay (*camina hacia el borde del escenario, se detiene, y dice, como para sí mismo*): En Lima habré de informar al Virrey que a Don Alonso no sólo se le han tullido los brazos y las piernas, sino también los sesos.

(*se apaga la luz*)

Escena 10

(*Un cuarto casi vacío, con un baúl, ropa desordenada sobre el baúl, lienzos en las paredes y un caballete con un lienzo. La tela está ubicada de tal forma que el público no vé la pintura. Miguel Adiego está con las paletas de pinturas de diferentes colores, de frente al público, mirando el lienzo en el caballete, y a su lado se encuentra Pedrito, su ayudante. También está María, que está barriendo el piso*)

Miguel Adiego (*interrumpiendo la tarea de María*): Está bien, María, ya está bien así.

María (*doblando la ropa del baúl*): Perdona, Don Adiego, pero su Excelencia me encargó que dejara bien arreglada y limpia esta habitación. Y hay tanto desorden... (*suspira*).

Miguel Adiego: No, no deja eso, por favor.

María (*retirándose*): Bueno, está bien. Me retiro.

Miguel Adiego (*dirigiéndose a su ayudante*): Vamos a tener mucho trabajo, Pedrito. Esto de las visiones de Don Alonso es realmente muy complicado. Me ayudarás pintando los detalles, yo armaré el cuadro pintando los rostros y los cuerpos (*Hace una pausa. Habla mientras dibuja en el lienzo*). ¿Sabes? Al principio no creí poder hacer esto: pintar un sueño. Don Alonso hablaba y hablaba, y era todo tan complicado, tan confuso. Relataba que él se veía desde afuera, montado en un caballo, luchando con demonios. Uno era la Traición, y el otro la Envidia, y qué sé yo... También había ángeles, los arcángeles San Gabriel y San Miguel, armados con arcabuces, que lo ayudaban trayendo un corcel blanco. Ah! y también la figura central: una corza blanca, huyendo.

Pedrito (*interrumpiendo, asombrado*): ¿Y todo eso hay que pintar?

Miguel Adiego: Sí, todo eso hay que pintar, y yo no sabía cómo hacerlo... hasta ayer de noche (*Sonríe*) ¿Recuerdas que ayer nos dieron un guiso quemado?

Pedrito: ¡Sí! La cocinera lo dejó quemar por discutir con la mujer de la limpieza. ¡Qué cosas le decía!

Miguel Adiego: (*Riendo*) Sí, sí. El hecho es que ni se distinguía ya nada en el plato, ni cebolla, ni carne, ni ajíes. Todo del mismo color, quemado. Comencé a revolver con mi cuchara, y a apartar los ingredientes del guiso que reconocía. ¡Y ahí tuve la idea!

Pedrito: ¿Qué idea?

Miguel Adiego: Pensé que el sueño de Don Alonso era algo así como el guiso quemado: detrás de lo aparentemente extraño, se encuentra lo conocido. Me dí cuenta que lo que él vive en sus sueños es una mezcla de sus relatos de conquistas, de héroes y santos, de ángeles y vírgenes, todo entrelazado. Para la imagen central, podría ayudarme la figura de San Jorge y el dragón. ¡Cuántas veces lo he pintado! Acá pondremos demonios en vez del dragón. Alcánzame aquel trapo (*Raspa la tela, y dibuja un rato en silencio. Se aparta un poco*). ¿Qué te parece? Puede ser así ¿ves? Aquí en el centro va Don Alonso y los dos ángeles montados sobre sus corceles. Los rodeamos de monstruos... ¡y sé de dónde sacarlos! Recuerdo unos bocetos copiados de un cuadro del Bosco, que me mostró mi maestro.

Pedrito: ¿Y la corza?

Miguel Adiego: Pues... (*vacila*) La corza blanca la pondremos por aquí, junto al horizonte. Es fácil sacar el modelo de una estampa de caza. (*suspira*). Ya ves, no va a ser tan difícil.

(*Se apaga la luz*)

Escena 11

(*La sala de audiencias. Don Alonso se encuentra sólo, escribiendo en el escritorio. Entra un oficial armado*)

Oficial: Excelencia, lamento informarle que las noticias que traigo son malas. No hemos podido encontrar ni rastro de los indios fugitivos, a pesar de haberlos buscado durante todos estos días, incluso en las montañas. Estarán escondidos en la maleza, pero es imposible encontrarlos.

Don Alonso (*golpea la mesa con la mano*): ¡Es increíble! ¡Ni siquiera las huellas de los fugitivos! (*se levanta*) ¿Cómo es posible? (*se levanta, camina por la sala, renqueando*) Si hasta parecería que tuvieran ayuda sobrenatural estos malditos... Ayuda demoníaca, sin duda. Lejos de Dios están, y por eso mismo, muy cerca del demonio. Y eso es justamente lo que han sugerido mis visiones. Una lucha, una lucha necesaria contra fuerzas muy poderosas... poderosas y malvadas. ¿Dónde está el centro de este poder enemigo? (*hace una pausa*). ¡Ya sé! ¡Ya lo he descubierto! ¡Es el hechicero Juan Páucar! (*dirigiéndose al oficial*) Vé a buscar al Padre Pereda, debo hablar con él con urgencia.

(El oficial sale de la sala. Don Alonso permanece caminando por la sala, hablando solo con palabras ininteligibles. Entra el Padre Pereda)

Padre Pereda: ¿Pedisteis que acudiera, Excelencia?

Don Alonso: Sí. Mañana al amanecer empezaremos una obra santa; será heroica culminación de presagios y prodigios. Castigaremos al culpable de nuestros males, al hechicero Juan Páucar, y arrasaremos todos sus adoratorios sin dejar piedra sobre piedra.

Padre Pereda *(tímidamente)*: Pero... ese Juan Páucar es sólo un viejo enfermo. Ya no tiene influencia en los indígenas y no vivirá mucho tiempo. Los falsos dioses se irán con él.

Don Alonso *(enérgicamente)*: Padre, tú no ves. Estás ciego como los demás. El mal se ha extendido hasta tí, esclavizando tus ojos, tomando la fortaleza de tu espíritu, alejándote del bien y la verdad. Tú que deberías ser vigía en la tormenta, no reparas siquiera en los más evidentes acantilados y el relámpago. Bien sabes que esos indígenas continúan con sus brujerías; aprovechando las ceremonias cristianas, ya sea la víspera del Corpus o la Pascua Grande, dan secretamente licencia a bestiales instintos. Y ahora no sólo siguen con esa idolatría, sino que se rebelan contra la autoridad del Rey de España y de la Católica Iglesia, huyendo de las reducciones. A ese Juan Páucar ellos lo consultan y respetan. Bajo la máscara de un viejo indefenso, se oculta el sumo sacerdote del demonio. Por estar metido entre libros y ausente del mundo, no tenéis trato con los indios, y no los conoces. Si vuestra palabra no ha podido actuar, ya es hora de que lo haga mi espada.

(Se apaga la luz)

Escena 12

(El escenario permanece a oscuras. Se escucha la música de instrumentos indígenas - queñas, tambores. Se enciende la luz gradualmente, y mientras tanto la música indígena se apaga para dar lugar al sonido de tambores militares y soldados marcando el paso. En uno de los lados del escenario hay un grupo de indios que interrumpe su música cuando aparecen los españoles. Uno de ellos es el anciano indio Juan Páucar. Don Alonso viene acompañado por el Padre Pereda y Miguel Adiego)

Don Alonso: ¡Juan Páucar, hechicero, idólatra, te conmino a que te conviertas! *(Dirigiéndose a los soldados)* ¡Traedlo acá!

(Los soldados van hacia el indio anciano que, asustado, trata de huir, y es arrastrado a los pies de Don Alonso).

Don Alonso: ¡Es irrecuperable! Y es necesario un escarmiento. ¡Cortadle la cabeza!

(Escena de gran violencia. Luces intermitentes y redobles de tambores, gritos, y el golpe de un hacha en el suelo. Se apaga la luz)

Escena 13

(Sala en la que están las telas y las pinturas del pintor. Miguel Adiego está pintando una tela sobre un caballete, junto a su ayudante Pedrito)

Miguel Adiego: Basta por hoy *(suelta los pinceles)* Estoy cansadísimo.

Pedrito: ¿Habéis pasado mal la noche? Tenéis muy mala cara.

Miguel Adiego: Es que no puedo dormir. Por culpa de esa imagen horrible...

Pedrito: ¿Qué imagen?

Miguel Adiego: La imagen de la cabeza cortada del pobre viejo en una pica... Tanto me persigue esa espantosa cabeza, que no sé qué hacer para sacarla de adentro de mi propia cabeza. No me deja comer, ni dormir tranquilo. ¡Cómo si yo hubiera sido responsable de su muerte! *(Pensativo)* Fue un empecinamiento de Don Alonso, el padre Pereda no estuvo de acuerdo.

Pedrito: ¿Guardo los pinceles?

Miguel Adiego *(derrotado)*: Sí... sí... *(explotando de pronto)* ¡¿Qué tengo yo que ver?! ¿Qué tuve que ver? ¿Por qué me persigue? *(se tapa la cara con las manos)*

Pedrito *(asustado)*: Maestro, ¿por qué no le cuenta al padre Pereda sobre esas visiones que le persiguen?

Miguel Adiego *(más sereno, habla en forma vacilante)*: Ya le conté. Es extraño... él piensa que si uno no acompaña la acción malvada, y continúa reprobándola interiormente, entonces no debe reprocharse nada, pues nada hubiera podido hacer en ese momento. Él estaba allí, conmigo, y ninguno de los dos hizo nada. Pero él no se siente afectado. Yo no puedo. No sé cómo hace el padre para estar del lado del bien y en el lado del mal. Porque él reconoció que fue un hecho malo matar tan cruelmente al pobre viejo. Y sin embargo, no se siente salpicado por la sangre. Él está siempre muy tranquilo. A él no lo persiguen visiones, ni las que asaltaron a Don Alonso, ni las más. Ni corzas blancas, ni cabezas cortadas. *(Se levanta y lleva el cuadro hacia el centro del escenario. Medita)* Si pudiera en este cuadro mismo pintar lo que de verdad veo... y que él no se diera cuenta *(súbitamente, con entusiasmo)* ¡Tienes que ayudarme, Pedrito! ¡Vamos a volver a pintar sobre la tela!

Pedrito *(alarmado)*: Don Alonso se va a enojar, Maestro.

Miguel Adiego: No, no. No se va a dar cuenta. Todo va a quedar muy parecido: él se verá cabalgando como siempre, ayudado por arcángeles y persiguiendo la corza, y en esta parte superior seguirá estando el Reino de los Cielos, pero va a ser nuestro Reino de los Cielos, Pedrito. ¡Nuestro Reino de los Cielos! *(ríe ante el asombro de su ayudante)*. Hasta tu cara misma va a aparecer por allí, en alguno de estos ángeles que rodean el trono de la Virgen. Y la Reina de los Cielos tendrá los ojos de quién tuve que dejar en Lima: mi querida mujer, y mis pobres hijos, todos aquí, aquí mismo los voy a pintar *(recorre la tela señalando los lugares, exaltado)*

(En el fondo empieza a iluminarse la figura de Don Alonso, que escucha en silencio a Miguel Adiego, y luego entra, apoyándose en su bastón. Miguel Adiego no lo nota hasta que está muy cerca. El ayudante lo vé venir, y le tira del saco y le hace señas)

Don Alonso (enojado): ¿Qué disparates y locuras son las que estás diciendo? (Miguel Adiego lo contempla, en silencio. Don Alonso lo empuja con el mango de su bastón) ¡Contesta! ¿Te has quedado sin lengua?

Miguel Adiego (turbado): Yo...Don Alonso, no sé. No sé qué decir. Estoy un poco mareado. Perdón, creo que perdí la cabeza.

Don Alonso: La vas a perder en serio, si continúas pensando esas locuras . *(Se aproxima al cuadro y lo contempla un momento)* El dibujo del Reino de los Cielos deja bastante que desear. Las figuras centrales, al menos, están claras, y me siguen gustando. Trabaja, trabaja en silencio y concentrado. Trabaja sobre este lienzo que expresa el sentido de toda una vida, y la misión que me ha encargado el cielo. Debes saber que al pintar mis visiones, de alguna forma también colaboras en esa misión grandiosa.

Miguel Adiego: Perdonadme, pero soy un simple pintor, y no quisiera ser otra cosa.

Don Alonso (despectivamente): Tú, en realidad, no puedes comprender el sentido de las visiones. Pero al menos, esmérate. *(Se aleja, renqueando)*

(Cuando Don Alonso se retira definitivamente, Miguel Adiego tiene una explosión de ira, y tira el cuadro al suelo)

Miguel Adiego: ¡No quiero colaborar de ninguna forma en su empresa, no quiero ser cómplice en sus crímenes! ¡No quiero que este maldito cuadro sea una justificación, su glorificación!

(Mientras él habla, el ayudante recoge el cuadro, lo ha llevado más lejos, y lo coloca con cuidado en otro caballete. Luego se sienta en el piso, como acurrucado)

Miguel Adiego: Pero mi única salida es el cuadro mismo. Haré como dije. Tráelo acá, muchacho. Haré como dije y mucho más. Mira *(toca la punta inferior del cuadro)*: ésta es la escena que va a cambiar, y él no se va a dar cuenta.

Pedrito: ¿Pero cómo? ¿Cómo no se va a dar cuenta?

Miguel Adiego: Tal vez sí. Pero ya será muy tarde. Yo pienso irme a Lima con mi mujer, enseguida de terminarlo, cuando él me pague, cuando todavía no se haya dado cuenta bien de lo que he pintado. Mira, mira. *(toma el pincel y comienza a dar pinceladas)* Voy a oscurecer levemente todos los tonos, todos los caballos enloquecerán, verás. Y aquí voy a pintar un árbol viejo y seco, y aquel peñasco color ceniza va a empezar a parecerse a una cabeza cortada.

(se apaga la luz)

Escena 14

(Habitación del Padre Pereda. Hay libros y papeles desparramados por todos lados. El Padre lee sentado en una silla. Don Alonso entra sin llamar, caminando más trabajosamente que antes, apoyado en su bastón)

Padre Pereda: ¡Don Alonso! No esperaba vuestra visita. *(Levanta los libros y hojas que están sobre otra silla, y los coloca sobre la mesa, que también está llena de libros y papeles. Toma un trapo que está en el piso y limpia un poco la silla, antes de acercarla para que Don Alonso se siente)* Hay un poco de desorden...

Don Alonso *(sentándose con dificultad)*: Deje eso. Vengo a despedirme, Padre Pereda. Habéis oído hablar de mi destitución. *(ríe con amargura)* Mi destitución es el premio por mis esfuerzos en este lugar. Razón tenía, después de todo, aquel Don Juan de Garay, cuando vino a contarme lo que podía pasar. *(Bajando la voz)* Vuelvo a España. Este lugar ya me resulta insoportable e incomprensible. Mi destitución ha sido ya el golpe de gracia. No me quieren - hace mucho - muchos poderosos en Lima. Quieren un administrador frío, no alguien que se tope a pecho, como yo, obligaciones morales. Pero lo más horrible es que mis visiones me hayan abandonado totalmente. En mis sueños navego por aguas siempre oscuras, con rumbo incierto, y me despierto sobresaltado, como a punto de hacer un descubrimiento horrible. *(Pausa, y súbitamente con fuerza)* ¡Y en realidad lo he hecho! ¡Lo acabo de hacer hoy! *(se levanta con esfuerzo)* Quiero saber dónde está ese pintor Adiego, ¿qué ha sido de él?

(Mientras Don Alonso habla, el Padre Pereda queda inmóvil, como sin saber qué decir)

Padre Pereda: Después que le fue pagado su trabajo, regresó a Lima.

Don Alonso: ¿Huyó entonces? ¡Me engañó! *(tose)* Me engañó vilmente con su cuadro.

Padre Pereda: ¿Pero por qué? Yo lo he visto. No hay nada malo en él.

Don Alonso: ¿Ah no? ¿No hay nada malo? Todo está mal allí. Ese cielo con ángeles mestizos y frutos tropicales, tan pagano. Y esa Virgen, no es Nuestra Señora. Es una indígena toda adornada. Y lo peor, lo peor, Padre Pereda, los arcángeles tienen miradas malignas, los caballos parecen fantasmales, y la corza, tan blanca, está como despellejada, ¡es la imagen misma de la muerte!

(Se cubre la cabeza con las manos, mientras empieza a sonar una música indígena)

Padre Pereda *(se le acerca y le pone una mano en el hombro)*: Está todo en vuestra imaginación, vuestro estado de ánimo depresivo. El pobre Adiego pintó lo mejor que supo, seguramente. No se puede esperar mucho de un mestizo. No os dejéis dominar por el desánimo. Hoy es el día de Santiago. Hay fiesta en la plaza.

Don Alonso *(indignado)* Sí, una fiesta pagana, que hemos disfrazado de cristianismo. ¡No sé cómo podéis tolerar eso, Padre Pereda!

Padre Pereda: Ellos usan sus instrumentos, las músicas que conocen, usan su propia lengua, pero todo en alabanza al verdadero Dios. Estas tierras, Don Alonso, no serán Europa nunca; serán algo que no comprendemos todavía.

Don Alonso (*levantándose con dificultad*): Yo ya estoy muy viejo para comprender nada; lo que creí un mensaje de Dios, mi misión sagrada, termina en mi ruina.

Padre Pereda: Perdonad, pero debo salir, debo ir guiando la procesión, llevando la imagen de la Virgen.

(La música indígena aumenta, con cantos en alabanza a Nuestro Señor, mientras se oscurece la escena)

Escena 15

(Don Alonso, en la sala con los cuadros, está solo. Se pasea frente al lienzo, mirándolo de reojo, avanza y retrocede, con movimientos bruscos. Hace movimientos con las manos, como para tocarlo, pero las retira inmediatamente, como con temor)

Don Alonso: ¡María, María, ven aquí! (*Aparece la mujer de la limpieza secándose las manos con el delantal*) Ven aquí, mira (*mostrándole la pintura*) ¿Qué ves?

María (*contempla el cuadro por un momento*): Acá arriba veo la Virgen Santísima y los ángeles. Más abajo veo a Vuestra Merced, que va persiguiendo a un ciervo...

Don Alonso: Es una corza. Pero, mira mejor, mira mejor. (*María se acerca un queda unos segundos, inmóvil, examinando la pintura*). ¿No se han movido?

María: ¿Qué? ¿quiénes?

Don Alonso: Las figuras, mujer. Las figuras del cuadro. (*María lo mira asustada y retrocede*). No te asustes, no estoy loco. Es que creo que aquí hay algo de brujería ¿entiendes?

María (*persignándose varias veces*): ¡Virgen del cielo! ¿Brujería en el cuadro?

Don Alonso: Sí, sí. la maldad de quien lo pintó, seguramente. Un mestizo, claro, un mestizo. Me lo veo invocando a todos los demonios mientras lo pintaba.

María: ¿Don Miguel Adiego?

Don Alonso: Sí, ese mismo. No debí nunca confiar en su aspecto sumiso, en su aire de aparente obediencia y respeto. Todo falso. Esa gente es rebelde. Siempre lo será. El hombre es una máscara. Su verdadero ser está aquí, en este cuadro. (*se sobresalta*) ¡Ahora! (*salta*) ¡Ahora! ¿No lo has visto?

María (*asustada*): ¿Qué, mi señor, qué has visto?

Don Alonso: ¡Lo que te dije, mujer! Que las figuras del cuadro se mueven en ciertos momentos. Hasta los angelitos, hacen muecas y se ríen. ¡Escucha, escucha! *(Se aproxima al cuadro, como para oír algo. María vuelve a retroceder, como para escapar. Él la retiene)* ¡No te vayas! ¡No te vayas! *(dirigiéndose al cuadro)* ¡Cállense demonios! ¡Quietos! *(Lleva la mano a la espada, y desenvaina)*.

María *(asustada)*: ¡Por favor, Señor, es sólo un cuadro!

Don Alonso *(blandiendo la espada a los lados del cuadro)*: ¡Ah! ¡Se escapan! ¡Engendros del infierno! ¡Volved al cuadro! ¡Volved!

María *(corre hacia el otro salón, gritando)*: ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Manuel!

Don Alonso: ¿Cómo? ¿El peñasco también habla? *(Se aproxima, intrigado)* ¿Qué dices? *(retrocede espantado)* ¡Eres tú! ¡Eres tú, brujo maldito! ¡Paucar! No has muerto, entonces. Y ahora ¿dónde estás? *(se da vuelta, alarmado)* Te escondes, quieres atacarme a traición... *(suelta la espada, y queda un momento inmóvil, con la cabeza entre las manos. Habla sin gritar, con un tono de voz bajo, grave y lento)*. Me atacarán de noche, cuando duerma. No podré dormir más. No podré dormir más.

(Entran María y Manuel corriendo, pero se detienen bruscamente, al ver a Don Alonso inmóvil, en el centro de la escena, con la cabeza entre las manos).

María *(suavemente)*: Debéis acostaros, mi Señor. No estáis bien.

Don Alonso: ¡No quiero! ¡No quiero soñar! ¡No quiero! ¡No quiero!

(sigue gritando, mientras lo retiran de la escena. Se apaga la luz)

FIN